

LAS TRES LLAVES DE TAPATA

Rafael León Hernández



Javier Guillén M.

ILUSTRACIONES

EDITORIAL
UCR

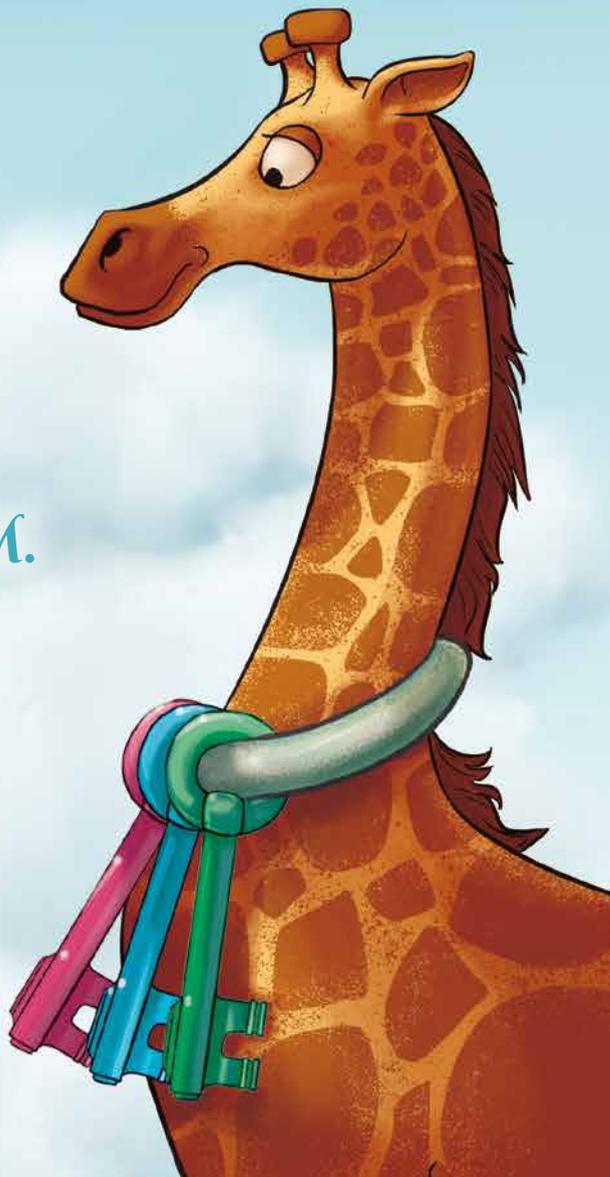


LAS TRES LLAVES DE TAPATA

Rafael León Hernández

Javier Guillén M.

ILUSTRACIONES




EDITORIAL
UCR
2021



CR863.5

L579t León Hernández, Rafael, 1979-
Las tres llaves de Tapata / Rafael León Hernández ;
ilustraciones Javier Guillén M. – Primera edición. –
San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2021.
61 páginas : ilustraciones a color.

ISBN 978-9968-46-988-3

1. CUENTOS INFANTILES COSTARRICENSES.
2. LITERATURA COSTARRICENSE. 3. LIBROS ILUSTRADOS PARA NIÑOS. I. Guillén M., Javier, ilustrador.
II. Título.

CIP/3690
CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2021.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA),
pertenciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Euclides Hernández P.* • Revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A.*
Diseño de contenido, diagramación y portada: *Priscila Coto M.* • Ilustraciones de portada
y contenido: *Javier Guillén M.* • Control de calidad: *Raquel Fernández C.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, San José, Costa Rica.
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Este libro se terminó de imprimir en Master Litho S. A., en mayo de 2021. San José, Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Contenido

	Papo y Tapata	8
18	La llave verde	
	La llave azul	28
40	La llave rosada	
	La llave amarilla	52
61	Acerca del autor	



Papo y Tapata

—Una, dos, tres.

Tapata volvió a contar para estar segura:

—Una, dos, tres.

En efecto, eran tres las llaves que colgaban de su cuello.

Antes, cuando era más pequeña, pensaba que eran cinco, pero eso era porque no sabía contar muy bien; siempre decía: uno, dos, cinco, siete, catorce y nueve.

Cada llave tenía un color diferente: una llave era azul, otra rosada y otra verde. Ahora solo le faltaba averiguar para qué servían.

Mientras volvía a contar sus llaves, deseaba que alguna le sirviera para mover a Pante la elefante, ese gran animal que tenía enfrente y que se interponía entre Tapata, quien estaba en su lugar favorito para acostarse, y el espectáculo del sol al atardecer. Podía rodearla, es cierto, pero creía que, por el orgullo de su propia especie, debería ser capaz de ver sobre ella. Como todas las jirafas de su grupo, Tapata tenía un cuello muy largo, pero eso no le servía de mucho, pues aún era pequeña. Además, desde ese lugar, el atardecer se veía más bonito que desde cualquier otro que ella conociera.

Después de un rato, Pante empezó a moverse y poco a poco se fue alejando lentamente y balanceando su trompa, pero para cuando se fue, no quedaba ni un pedacito de sol para que Tapata lo apreciara.

Triste por haberse perdido uno de sus momentos preferidos del día, se fue a acostar suspirando.



Al despertar al día siguiente, Tapata descubrió que una inmensa y lenta tortuga había decidido cruzar justamente por el mismo sitio que lo había hecho Pante la noche anterior, es decir, entre sus ojos y el horizonte.

Tapata supuso que quizá terminaría de pasar antes del atardecer, pero no tenía la paciencia suficiente como para esperar a descubrirlo.

Caminó hacia ella y le dijo:

—Buenos días, señora. Yo soy Tapata. ¿Usted cómo se llama?

La criatura abrió su boca muy despacio y pronunció:

—Tuuuuuuuuulaaaaaaaaaaaaa.

—Mucho gusto, señora Tula —dijo Tapata—. ¿Cree usted que haya terminado de pasar por aquí antes de que se oculte el sol?

Tula se quedó completamente quieta –si es que ya no lo estaba– y sus ojos se desviaron hacia arriba, por lo que Tapata concluyó que estaba calculando cuánto tiempo tardaría en cruzar.

—Yooooooooo —pronunció muy despacito— noooooooooooooo sééééééééé.

Dicho lo anterior, empezó a caminar, nuevamente, muy despacio.

Tapata miró a Tula por un rato para calcular por sí misma la velocidad con la que se movía, pero después de muchos minutos y pocos centímetros, se aburrió.

“Debe ser muy difícil caminar teniendo encima un caparazón tan grande”, pensó.

Como no tenía más opción que esperar a la puesta del sol, se levantó y fue hacia unos árboles cercanos a desayunar.

Sus compañeras grandes podían darse el gusto de escoger las hojas más tiernas de las copas, pero ella y las otras jirafas pequeñas debían conformarse con lo que encontraran entre las ramas bajas.

Luego de comer, se dirigió al gran río para tomar un poco de agua.

Sin que ella lo notara, muchos animales la siguieron, pues les divertía mirar todo el esfuerzo que debía hacer para bajar su cabeza y evitar, mientras bebía, que se le saliera el collar del cual colgaban sus tres llaves.

Con una pata sostenía el collar mientras trataba de mantener el equilibrio con las demás. En más de una ocasión cayó al agua y terminó completamente mojada.

Ese día, los demás animales se quedaron con las ganas de verla empapada, pero no por eso fue un buen día para ella, pues, al caer la noche, Tula no había avanzado ni la mitad de lo que Tapata necesitaba para apreciar la puesta del sol. De hecho, Tapata se quedó sin ver

el atardecer los siguientes dos días, hasta que, finalmente, Tula se movió lo suficiente.

Al despertar el tercer día, Tapata no quería abrir los ojos, tenía miedo de que algún nuevo animalote se le hubiera atravesado. Lentamente, y con el corazón hecho un puño, los abrió.

En efecto, había un animal, pero era pequeño, bien pequeñito. Y verde. La estaba viendo fijamente, como si tuviera mucho tiempo de estar esperando a que despertara.

Tapata lo miró de arriba abajo... Bueno, más bien, lo miró solo hacia abajo, porque era realmente pequeño.

—No me vas a tapar el atardecer, ¿verdad? —le preguntó.

Él miró hacia arriba para asegurarse de que el sol estuviera en su sitio.

—Pero si es de mañana —le contestó el animalito.

—Ah, pero ya atardecerá —dijo ella—. Y ya pasaron por aquí Pante y Tula, y ninguna me dejó verlo. Pero ¿qué clase de animal eres?

—Soy Papo el sapo —respondió—. Explícame una cosa: si no te dejaban ver el atardecer, ¿por qué no te moviste a otro lado?

Tapata se sintió molesta, esa pequeña criatura recién llegada ya creía saberlo todo.

—Pues, es lógico. Porque este es mi sitio y desde aquí debería verlo —dijo ella estirando el cuello.

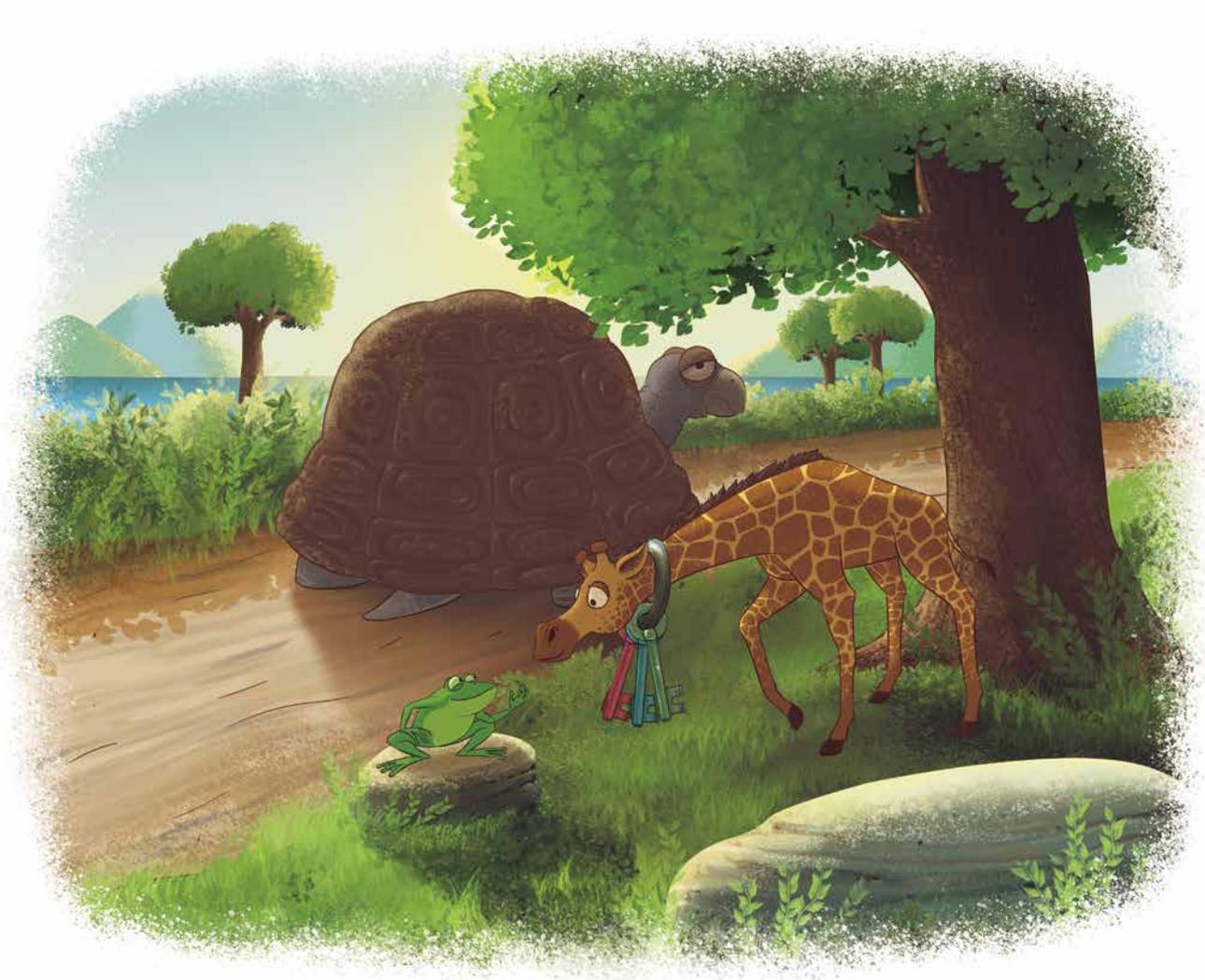
Papo guardó silencio, reflexionó un poco y luego volteó hacia la derecha.

—Desde aquel cerro el atardecer se ve muy bonito —dijo él—. Podrías venir conmigo a verlo desde allí cuando quieras.

Tapata miró hacia el cerro.

—Uy, pero es muy alto y debe ser muy difícil llegar hasta arriba.

—Sí —dijo Papo—. Pero vale la pena.



Acerca del autor

Rafael León Hernández

(San José, 19 de mayo de 1979)

Máster en Psicología del Trabajo y las Organizaciones. Ha publicado los libros para niños *El pincel del mago* (EUNED, 2011) y *El pincel del mago 2. Las tierras inexploradas* (EUNED, 2016). Algunos de sus cuentos han sido incluidos en las antologías *La magia del verbo* (UACA, 1998), *Aaaaaaah! Cuentos de terror* (UCCART, 2003), *Antología de microrrelatos Premio Joven Creación* (Editorial Costa Rica, 2012), *Érase una vez... un microcuento* (Diversidad Literaria, 2013) y *Galatea* (Club de libros, 2014).

En el 2000 obtuvo el segundo lugar de poesía en el *Certamen Letra Joven* del Centro Costarricense de Ciencia y Cultura. En el 2003 ganó una mención de honor en el *Concurso de cuentos de terror* de la Universidad Continental de las Ciencias y las Artes. En el 2012 fue finalista del *Premio Joven Creación* de la Editorial Costa Rica. En el 2013 obtuvo una mención de honor en el *Concurso de literatura fantástica* organizado como parte de la campaña *Leer es Pura Vida*. En el 2016 obtuvo el segundo lugar y en el 2018 el tercero en el *Concurso de Trabajo Monográfico* de la Comisión Iberoamericana de Ética Judicial. En el 2017 ganó el primer lugar en el *XXX Concurso de monografías* del Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Tapata es una pequeña jirafa
a la que nunca le ha interesado hacer nada más que mirar
los atardeceres desde la comodidad de su hogar.
No tiene amigos, enemigos ni alguna meta en su vida,
lo único que posee son tres llaves misteriosas
que cuelgan de su cuello, pero no sabe para qué sirven.
Ella no sospecha que todo en su vida está a punto de cambiar,
pues un curioso sapo se cruzará en su camino
y la hará embarcarse en una aventura para descubrir
las puertas que están esperando por ser abiertas.



ISBN 978-9968-46-988-3



9 789968 469883

EDITORIAL
UCR

200
BICENTENARIO
INDEPENDENCIA
COSTA RICA